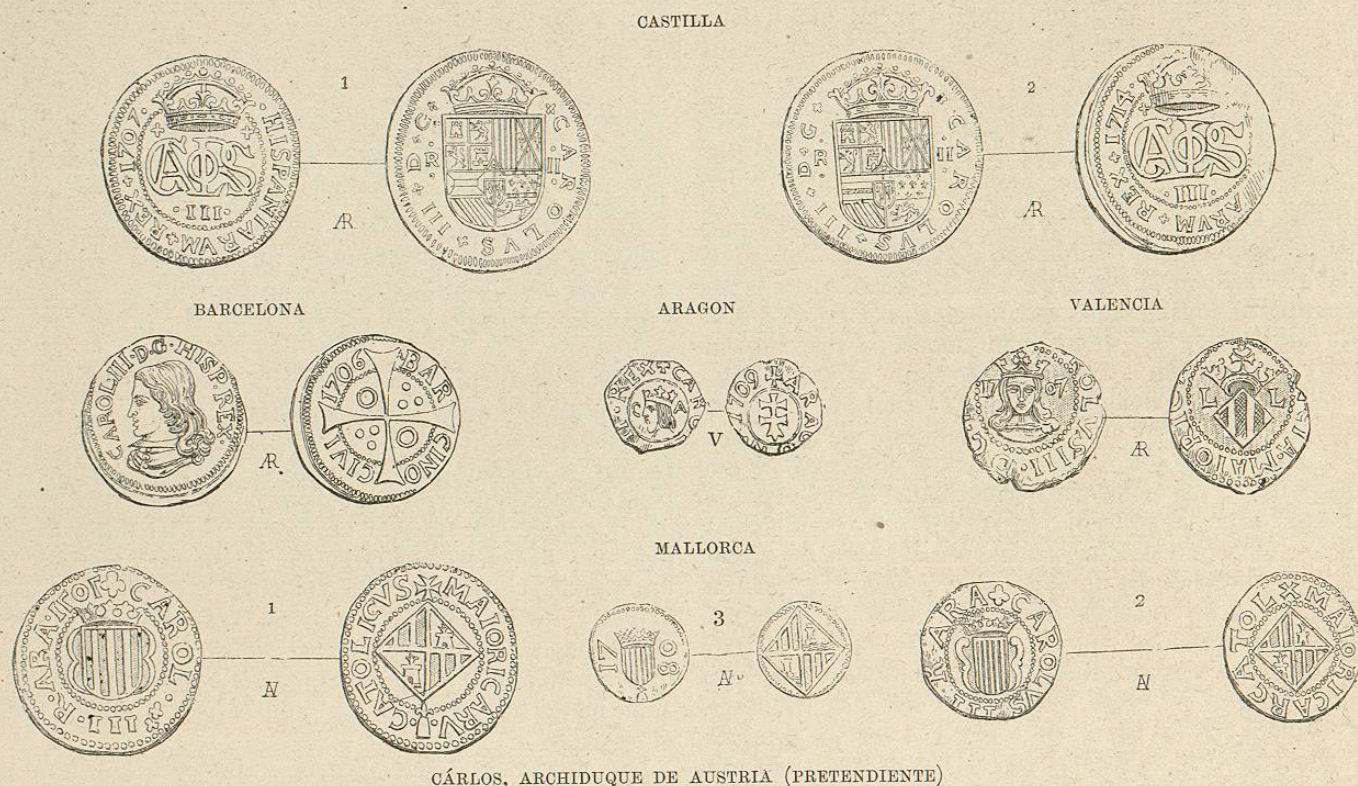


didadas. Mandó bajo pena de la vida que le fueran presentados cuantos caballos hubiese, los cuales fueron destinados, sin pagarlos á sus dueños, á la formación de un regimiento titulado de Madrid, cuyo mando se confirió á don Bonifacio Manrique de Lara, así como se formaron otros con los nombres de Guadalajara y Toledo. Dióse un bando para que todas las señoras, madres, esposas, hijas ó hermanas de los grandes que habían seguido al rey á Valladolid, saliesen inmediatamente de la corte y pasasen á Toledo en el término de cuatro días, lo cual ejecutaron desde luego algunas. Hizo esta medida grande y profunda sensación en la corte y en toda España.

El general francés duque de Vendome (que por los motivos que luego diremos había sido enviado por Luis XIV á su nieto Felipe) escribió desde Casa-Tejada, donde se hallaba el cuartel real, una enérgica carta al conde Guido Staremberg quejándose de tan inaudita tropelia. Contestóle el general del archiduque explicándole el motivo de aquella providencia, que había sido, decía, para que estuviesen más respetadas y seguras, y para librarlas de los desórdenes, excesos y desacatos á que suelen entregarse así los soldados como la plebe en las grandes poblaciones en novedades y circunstancias como la entrada de un ejército extranjero, y que así la medida,



CÁRLOS, ARCHIDUQUE DE AUSTRIA (PRETENDIENTE)

lejos de haber sido de rigor, lo era de consideración, respeto y galantería á aquellas señoras. Y para acreditarlo así, hallándose el archiduque en Cienpuzuelos, expidió un decreto ordenando que las que en cumplimiento del anterior edicto habían pasado á Toledo pudieran regresar á la corte, ó establecerse en el punto que fuese más de su conveniencia ó agrado (1).

Publicóse otro bando (15 de octubre), mandando que en el término de veinticuatro horas salieran todos los franceses de Madrid bajo pena de la vida, y otro en que se imponía la propia pena (17 de octubre) á todos los que en el mismo perentorio plazo no entregaran las armas de fuego que tuviesen. Se pasó una circular (19 de octubre) á los preladados de todos los conventos de Madrid, ordenándoles que diesen razón de los bienes que tenían escondidos pertenecientes á los que seguían el partido de Felipe de Borbon, y tres días después se celebró una junta para acordar la manera de apoderarse de todo cuanto hubiese en lugar sagrado, como así se ejecutó. Prohibióse igualmente con pena de la vida toda correspondencia con los afectos al rey, y se condenaba á muerte afrentosa á los que sin legítimo permiso viniesen ó hubiesen venido de Valladolid, y fuesen encontrados en calles, puertas ó casas; como asimismo á los que dieran vivas á Felipe V, ó hablaran mal del gobierno de Carlos III y de los aliados, ó por otros actos se hiciesen sospechosos. De estas y otras semejantes y no menos despóticas providencias eran ó autores ó ejecutores don Bonifacio Manrique de Lara, el marqués de Palomares, don Francisco de Quincoces, don Francisco Alvarez Guerrero, y algunos otros que desempeñaban en nombre del archiduque los cargos de corregidor y de alcalde de

(1) Carta de Vendome á Staremberg, á 29 de octubre de 1710.—Respuesta de Staremberg, á 7 de noviembre desde Villaverde.—Decreto del rey (el archiduque) de 11 de noviembre.—Todos estos documentos se imprimieron en Madrid el mismo año.

corte (2); á alguno de los cuales se vió precisado él mismo á destituir por sus atrocidades.

Sin embargo, nada incomodó tanto al católico pueblo español como los saqueos de los templos, los sacrilegios y profanaciones de objetos y lugares sagrados que las tropas del archiduque cometían en la corte y sus contornos, y en las cercanías de Toledo y Guadalajara; y sobre todo la impudencia con que vendían por las calles de Madrid ornamentos, cálices, copones, cruces y todo lo que en un pueblo religioso se destina y consagra al servicio y culto divino. Estas impiedades, ni nuevas ya, ni del todo extrañas en tropas que, á mas de ser extranjeras, en su mayor parte no eran católicas, irritaron sobremanera los ánimos, y también sobre esto se escribieron y se hacían circular multitud de papeles, en que se referían y pintaban con negras tintas, y acaso se exageraban los excesos de los enemigos, y sus desacatos y tropelias en iglesias, monasterios y santuarios (3).

A pesar de las numerosas fuerzas con que el archiduque ocupaba la capital, y no obstante los tiránicos bandos que cada día se publicaban para tener á raya un pueblo que con razón miraba como enemigo, ni él ni su ejército se contemplaban seguros ni en la corte ni en su comarca. El príncipe rehuía vivir en Madrid, escarmentado del mal recibimiento que había tenido, y el cuartel general no pudo nunca gozar

(2) En las Memorias de Macanaz, cap. 165, se expresan además los nombres de los sujetos á quienes dió el archiduque plazas en los Consejos de Castilla, Hacienda, Ordenes, Indias, etc., y en los demás tribunales y oficinas generales del Estado.

(3) Aparte de los folletos y hojas que sobre esta materia se escribían, el mismo Macanaz dedicó á este asunto capítulos enteros de sus Memorias, con epígrafes como este: «Relacion de los sacrilegios, desacatos, blasfemias, robos, indecencias, saqueos y atrocidades que las tropas del archiduque cometieron en los lugares del arzobispado de Toledo, etc.» Y va enumerando los hechos de esta clase, y designando las circunstancias, sitios y tiempo en que tales crímenes se perpetraron.

ni de seguridad ni de reposo, ni en Canillejas, ni en el Pardo, ni en Villaverde, ni en Cienpuzuelos, puntos en que sucesivamente se estableció, ni sus tropas podían moverse sino en cuerpos muy considerables, ni andar soldados sueltos ó en pequeñas partidas sin evidente riesgo y casi seguridad de ser sacrificados.

La causa de esto era que cuando la corte de Felipe V se trasladó á Valladolid, dejó el rey á las inmediaciones de la capital á don José Vallejo, coronel de dragones, con un grueso destacamento, encargado de molestar á los enemigos. No podía haberse hecho una elección más acertada para el objeto. Porque era el don José Vallejo el tipo más acabado de esos intrépidos, hábiles é incansables guerreros, de esos famosos partidarios en que se ha señalado en todas épocas y tiempos el genio y el espíritu bélico español. Correspondió el Vallejo á su cometido tan cumplidamente, y ejecutó tales y tantas proezas, que llegó á ser el terror de las tropas aliadas con ser tan numerosas, y á poner muchas veces en aprieto y conflicto el mismo cuartel general del príncipe austriaco. De contado situándose entre Madrid y Guadalajara, cortó las comunicaciones entre la corte y los reinos de Aragón y Cataluña, interceptaba los socorros y cogía los despachos, pliegos y cartas del archiduque y la archiduquesa, y al paso que á ellos los comunicaba, él se ponía al corriente de todos sus pensamientos y planes. Destruía las partidas que se enviaban en su persecución, y siempre en continuo movimiento, caminando día y noche, y tan pronto en la Mancha como en tierra de Cuenca, en las cercanías de Toledo como en las de Madrid, empleando mil estratagemas y ardidés, haciendo continuas emboscadas y sorpresas, apareciendo á las puertas de la corte ó en los bosques del Pardo cuando se le suponía más lejos, destrozando destacamentos enemigos, asaltando convoyes de equipajes, municiones ó víveres, alentando los pueblos á la resistencia, acreciendo sus filas con centenares de paisanos resueltos y valerosos que se le unían, y llegando á combatir y derrotar cuerpos de hasta tres mil hombres con el general Stanhope á la cabeza, como sucedió en los llanos de Alcalá. Escribiéronse entonces, y se conservan, y las tenemos á la vista, multitud de relaciones de las hazañas de Vallejo.

Trabajaba en igual sentido, y también con gran fruto, por la parte de Guadarrama don Feliciano de Bracamonte, á quien el rey encomendó el cargo de cubrir aquellos puertos con un grueso destacamento para impedir á los enemigos el paso á la Vieja Castilla. Entre los dos dieron tanto aliento á los paisanos, que no podía andar por los caminos ni moverse partida suelta de los enemigos sin riesgo de ser sorprendida y acuchillada. Ni aun en las casas y alojamientos estaban seguros, porque sus patrones fingiéndose amigos los embriagaban para asesinarlos después: acción vituperable y bárbara, pero que demuestra el espíritu del paisanaje castellano, y el encono con que miraba á los enemigos de Felipe V. Y esto sucedía en la corte misma, y esto acontecía en Toledo, donde se hallaba con una fuerte división el general del archiduque conde de la Atalaya, que á pesar del gran rigor que empleó para enfrenar á los toledanos no pudo impedir las bajas diarias que estos hacían en sus filas, cazando, por decirlo así, á los soldados y arrojándolos desnudos al río, viéndose al fin precisado á dejar libre la ciudad y fortificarse en el alcázar; hecho lo cual, comenzaron los de Toledo á quemar las casas de los que llamaban traidores (1).

Veamos lo que entre tanto había hecho el rey don Felipe desde que se trasladó con la corte y las reliquias del ejército á Valladolid.

Luego que se perdió la batalla de Zaragoza escribió Felipe al rey Cristianísimo su abuelo, rogándole que, ya que no pudiera socorrerle con tropas, le enviara al menos al duque de Berwick ó al de Vendome. Luis XIV envió este último, porque el primero estaba mandando en el Delfinado, y con él vinieron el duque de Noailles y el marqués de Toy, aquel para

(1) Las historias, y sobre todo, las relaciones particulares que se publicaron en aquel tiempo, dan noticias más individuales y circunstanciadas de estos hechos. Encuéntrase algunos en el tomo de Varios que antes hemos citado.

informarse del estado de la España, este para quedarse acá. Los grandes y nobles que habían seguido al rey á Valladolid, que eran muchos, escribieron, á excitación de la princesa de los Ursinos, una carta al monarca francés (19 de setiembre de 1710) pidiéndole socorros con la urgencia que la situación requería (2). Contestó Luis XIV muy cumplida y satisfactoriamente á esta carta, que le entregó en propia mano el duque de Alba, embajador de España en París, y sirvióle mucho para desengañar al duque de Borgoña y á las potencias enemigas del error en que estaban de que Felipe tenía contra sí la nobleza española, y para desvanecerles las esperanzas que sobre ello habían fundado.

Túvose en Valladolid consejo de generales presidido por el rey para acordar las medidas que reclamaban las circunstancias, y en él se resolvió, que el marqués de Bay se volviese á la frontera de Portugal para contener á los portugueses é impedir su unión con el ejército confederado de Madrid; que el rey se situase en Casa-Tejada con el propio objeto, y el de darse la mano con las Andalucías, Extremadura y las Castillas, y en aquellas partes se formaría un nuevo ejército; que Vallejo y Bracamonte cubrieran Castilla la Vieja, la Mancha, Toledo y cercanías de Madrid; que la reina con el príncipe, los Consejos y las damas se trasladaran á Vitoria para su mayor seguridad; que Vendome quedara mandando como generalísimo las armas de Castilla, y Noailles se volvería á Perpiñán, y con las tropas del Rosellon obraría por la parte de Cataluña y pondría sitio á Gerona para distraer por allí los enemigos. Así se ejecutó todo, y pocas veces habrán correspondido tan felizmente á un plan los resultados.

Ya hemos visto cuán admirablemente desempeñaron su cometido Vallejo y Bracamonte. El rey partió de Valladolid (3 de octubre, 1710) para Salamanca en dirección de Extremadura con su corto ejército, y deteniéndose un solo día en aquella leal é insigne ciudad, prosiguió su marcha en medio de un temporal terrible de lluvias y frios, encaminándose por Plasencia á Casa-Tejada, donde fijó sus reales, en tanto que

(2) Esta notable carta iba suscrita por los personajes siguientes:

- El conde de Frigiliana.
- El duque de Popoli.
- El marqués de Aytona.
- El conde de Baños.
- El de Santisteban.
- El marqués de Astorga.
- El conde de Altamira.
- El marqués de Bedmar.
- El de Pastrana.
- El duque de Medinasiona.
- El de Montalto.
- El de Veragua.
- El de Atrisco.
- El de Sessa.
- El marqués de Almonacid.
- El Condestable.
- El señor de los Cameros, conde de Aguilar.
- El conde de Lemus.
- El marqués de Monteleagre.
- El de Villafranca.
- El de Tavara.
- El conde de Alba.
- El duque de Havre.
- El de Montellano.
- El de Arcos.
- El de Feria.
- El marqués del Carpio.
- El conde de Oñate.
- El duque de Bejar.
- El conde de Benavente.
- El de Peñaranda.

No firmó el marqués de Camarasa por hallarse enfermo, el conde de Castañeda por estar sus estados en litigio, y el duque de Osuna por haber sido de sentir que antes era ofrecer cada uno todo aquello á que sus fuerzas alcanzasen.—Eran sumamente expresivas las protestas de amor y de adhesión al rey don Felipe que hacía en esta carta la grandeza española. Fué producción del conde de Frigiliana, hombre, como dice un escritor de su tiempo, «de elegante pluma y fácil explicación.»

Vendome corria las riberas del Tajo para observar á los aliados é impedir su apetecida reunion con los portugueses. Allí fué donde el conde de Aguilar acabó de acreditar su rara y singular inteligencia y su actividad maravillosa para la formacion y organizacion de los ejércitos; pues á mediados del mes de noviembre los restos del que habia sido derrotado en Zaragoza se hallaron como por encanto aumentados hasta cuarenta batallones y ochenta escuadrones, perfectamente armados, equipados y provistos de todo. Los pueblos de Castilla, Extremadura y Andalucía se prestaron gustosos á facilitar hombres y recursos: cuidó admirablemente de la provision de almacenes el comisario general conde de las Torres, y la reina desde Vitoria envió buena cantidad de dinero, producto de su plata labrada que habia hecho reducir á moneda en Bayona. Con esto Vendome se consideró ya fuerte, no solo para resistir, sino para ir á buscar los enemigos, hizo la distribucion de las tropas, situándolas convenientemente, y el rey ocupó el puente de Almaraz para cortar el paso de los aliados á Portugal é interceptar toda comunicacion con aquel reino, objeto preferente de los planes del archiduque y de su general Staremberg.

Convencido al fin el pretendiente austriaco de la ninguna simpatía que su causa tenia en las Castillas; desesperanzado, en vista de tantas tentativas frustradas, de poderse dar la mano con el ejército portugués, atendidas las considerables fuerzas que habia reunido el rey don Felipe; no habiendo podido Staremberg conseguir que Vendome alterara su magnífico plan de defensa; falta de víveres, porque los pueblos se negaban á dar mantenimientos, y Vallejo y Bracamonte se apoderaban de todos los convoyes; viendo perecer diariamente sus soldados á manos del paisanaje, en caminos, en calles y en alojamientos; determinó, con acuerdo de sus generales, evacuar la capital á los cincuenta y un días de su trabajosa dominacion. Y aunque su resolucion era volverse por Zaragoza á Barcelona, único punto de España donde se contemplaba seguro, dió orden á sus fantásticos Consejos para que pasasen á Toledo, dando á entender que se iba á trasladar la corte á aquella ciudad como mas fuerte. Salieron, pues, de Madrid las tropas del archiduque (9 de noviembre, 1710), no sin haberse discutido antes si se habia de saquear la poblacion: pretendianlo los catalanes, alemanes y portugueses, pero opusieron los generales Staremberg, Stanhope y Belcastel. Apenas la corte se vió libre de los que miraba como molestos y aborrecidos huéspedes, aclamó de nuevo estrepitosamente á su rey Felipe V, y todavia pudo oír el archiduque el festivo clamoreo de las campanas, y el confuso rumor de otras demostraciones con que se celebró tan fausto suceso.

Solo llegaron á Toledo Staremberg y Stanhope con un cuerpo de seis mil hombres; y mientras estos generales daban apariencia de fortificar aquella ciudad como para hacerla residencia de su rey y establecer los cuarteles de invierno, el archiduque, siguiendo su propósito, tomó desde Cienpuzuelos el camino de Zaragoza, escoltado por un cuerpo de caballería, y seguido de unos pocos magnates de su parcialidad. Detúvose en aquella ciudad solos cuatro días (de 29 de noviembre á 3 de diciembre), y prosiguió aceleradamente su viaje á Barcelona, donde su presencia causó profunda tristeza y desmayo, calculándose, no sin razon, que debia ser muy fatal el estado de sus tropas cuando no fiaba su seguridad á ellas; y solo dió contento su ida á la archiduquesa, que estaba temblando no le embarazase la retirada el duque de Noailles, que ya se decia entraba en Cataluña con el ejército francés del Rosellon.

El mismo día que llegó el archiduque á Zaragoza evacuó el ejército aliado á Toledo (29 de noviembre), despues de haber evitado Staremberg que se pusiera fuego á la poblacion, como pretendia el general portugués, conde de la Atalaya. Con el mismo júbilo que en Madrid se proclamó al rey don Felipe, y á los oídos de las tropas fugitivas debieron llegar los silbidos, y los insultos y oprobios con que las despedían los toledanos. Apresuráronse á entrar, en Madrid don Feliciano de Bracamonte, en Toledo don Pedro Ronquillo, con cuya entrada creció el regocijo de ambas poblaciones. Pero subió de punto la alegría y llegó al mayor grado imaginable, cuando el rey, noticioso por Ronquillo de la retirada de los aliados, partiendo

de Talavera de la Reina, donde tenia entonces sus reales, llegó á las puertas de Madrid (3 de diciembre, 1710), y despues de visitar el templo de Atocha, se encaminó á Palacio. Dió el pueblo rienda á su gozo, y agrupándose con loca algazara en derredor del caballo del rey, apenas le permitía dar un paso. Tres días solamente permaneció Felipe en Madrid, en todos los cuales no cesaron las aclamaciones y los regocijos públicos, en términos que no pudo menos de exclamar el duque de Vendome: «Nunca pude yo imaginar que nacion alguna fuese tan fiel, y diese tales pruebas de amor á su soberano (1).»

Volvió, pues, á salir el rey de Madrid el 6 de diciembre, en union con el generalísimo duque de Vendome, camino de Guadalajara, á unirse con el ejército que marchaba apresuradamente en seguimiento del de los aliados. El 7 se supo que el general inglés, Stanhope, con ocho batallones y otros tantos escuadrones que componian la retaguardia, habia ido á pasar la noche en Brihuega, villa de la Alcarria. Con esta noticia, y con el deseo que todos tenían de cortar algun cuerpo del ejército enemigo, dispuso Vendome que se adelantara el marqués de Valdecañas con la caballería ligera, los dragones y granaderos, y dos piezas de artillería hasta Torija. Excedía el de Valdecañas á cuantos generales se conocieron en esta guerra en la formacion de un ejército, en la disciplina y regularidad de sus marchas. Ejecutólo el marqués con tal celeridad, que al amanecer del 8 habia logrado cortar á Stanhope todas las salidas de Brihuega, y comenzado á batir su alto, aunque sencillo muro, y en esta actitud le encontró el rey cuando llegó al medio día á la vista de la poblacion. Resistianse los ingleses con la esperanza de ser pronto socorridos por Staremberg; animáronse los nuestros con el parte que les envió don Feliciano de Bracamonte de haber sorprendido y hecho prisionero un regimiento de infantería alemana. Todo el día jugaron nuestras baterías: y como llegara otro expreso de Bracamonte participando que en efecto Staremberg venia con todo el ejército á socorrer á los sitiados, fué menester apresurar el asalto, que mandó el conde de las Torres, y en que tomaron parte el marqués de Toy, y los tenientes generales don Pedro de Zúñiga, el conde de Merodi y el de San Estéban de Gormaz; y entre tanto el conde de Aguilar fué destinado á detener con la caballería á Staremberg, acompañándole el mismo Vendome. El asalto fué rudo y sangriento, y la entrada en la poblacion costó reñidísimos ataques y gran número de víctimas. Los regimientos de Guardias, el de Ecija y los granaderos hicieron maravillas. A las ocho de la noche, cuando ya habia vuelto Vendome dejando apostada la caballería á media legua de Brihuega, pidió Stanhope capitulacion, y como urgía poner término á aquella lucha, se le concedió, quedando todos prisioneros de guerra, incluso los tres generales, Stanhope, Hyl y Carpentier, este último herido, y todos los mariscales, brigadieres, coroneles y oficiales. El regimiento de caballería de la Estrella que mandaba el conde del Real fué encargado de conducir los prisioneros é internarlos en Castilla, é hizolo llevándolos á marchas forzadas. Tal fué la famosa accion de Brihuega (9 de diciembre, 1710). Stanhope aseguró aquella noche muchas veces que serian las últimas tropas inglesas que entrasen en España (2).

Contábase con tener batalla al día siguiente, y así fué. Al salir los prisioneros de Brihuega vieron ya toda la infantería

(1) «Relacion diaria de todo lo sucedido en Madrid desde el día 20 de agosto hasta el día 3 de diciembre de este año de 1710, en que S. M. entró en su corte.»—«Real triunfo y general aplauso, con que el rey Nuestro Señor don Felipe V entró en su corte católica el miércoles por la tarde 3 de diciembre, etc.»—Macanaz, Memorias, cap. 166.—San Felipe, Comentarios, tom. II.—Belando, Historia civil, tom. I, capítulos 75 á 80.—«Noticia diaria, muy pormenor y sucinta de todo lo que ha pasado en la ciudad de Toledo desde que entraron las tropas enemigas hasta el día en que salieron, etc.» Tomo de Varios.

(2) Relacion diaria, etc.—Relacion de los progresos del ejército del rey N. S. etc.—San Felipe, Belando, Macanaz, ub. sup.

Tenemos á la vista un testimonio librado por el secretario del juzgado y escribano de número de la villa de Brihuega, don Camilo Lopez y Gormara, en 1854, de una pequeña relacion de la batalla, que se conserva en el registro de escrituras públicas de la villa, con copia de una inscripcion que hay á la puerta por donde se dió el asalto.

puesta en órden donde antes habia estado la caballería á la parte de Villaviciosa, formando el centro, y teniendo la caballería á los costados. Mandaba la derecha de la primera línea el marqués de Valdecañas con el teniente don José Armendariz y los mariscales conde de Montemar y don Pedro Ronquillo, el cual tuvo la desgracia de perecer de un cañonazo antes de empeñarse formalmente la batalla: guiaba la izquierda el conde de Aguilar, con el conde de Mahoni y el mariscal de campo don José de Amézaga: el centro el marqués de Toy con el teniente general marqués de Laver y el mariscal conde de Harcelles. La derecha de la segunda línea mandábala el conde de Merodi con el mariscal don Tomás de Idiazabal: la izquierda el marqués de Navalmorcuende con el mariscal don Diego de Cárdenas: el centro don Pedro de Zúñiga y el mariscal Enrique Crafton. En tal estado comenzó el fuego de la artillería enemiga. El rey corrió con valor las líneas, no obstante haber dado dos balas de cañon cerca de su persona. Empezó siéndonos favorable el combate, arrollando el marqués de Valdecañas con su derecha la izquierda enemiga, que gobernaba el mismo Staremberg: pero nuestra izquierda fué por tres veces rechazada y desordenado el centro por falta de caballería; error imperdonable, por lo mismo que se habia cometido en la batalla de Almansa, y fué roto por la misma causa; y el marqués de Toy que acudió á repararle cayó prisionero de los portugueses.

El duque de Vendome, que vió rechazada la izquierda, descompuesto el centro, y expuesta la persona del rey, perdió la esperanza de ganar la batalla, y llevóse á S. M. consigo al sitio donde habian estado la noche anterior, y mandó al conde de Aguilar que retirara la infantería y la pusiera á salvo; órden que obedeció el de Aguilar como buen soldado por mas que á lo contrario le instaban otros generales, en especial Valdecañas y San Estéban que llevaban derrotado al enemigo (1). Y era así la verdad; y además el conde de Mahoni se habia apoderado de su artillería y sus bagajes, y recogido multitud de alhajas de oro y plata, y otras riquezas de las robadas en los templos de Toledo y Madrid; y acometido luego Staremberg por la espalda por Mahoni y Bracamonte, aunque defendiéndose desesperadamente y con toda la regla y arte de un buen general, fué por último puesto en confusion y desórden por don José de Amézaga que arremetió furiosamente con la caballería de la Reina y descompuso su cuadro. Mas no habia medio de sacar á Vendome del funesto error en que estaba de que la batalla era perdida, por mas emisarios que al efecto le enviaban. Y tan ganada estaba ya, que nuestros generales despacharon al sargento mayor don Juan Morfi á decir á Staremberg, que puesto que se veia perdido, y habia hecho cuanto cumplia á un buen general por la gloria y el honor de sus armas, no diera lugar á que se derramara mas sangre. Con este recado, despues de haber oído su consejo de guerra, respondió el general alemán estimando mucho el favor que le hacian, y pidiendo una suspension de armas por lo que restaba de la noche, asegurando que si al reconocer el campo por la mañana veia ser cierto que aun habia en el nuestro treinta batallones y cincuenta escuadrones, como Morfi decia, sin hacer mas fuego se rendiria con lo que quedaba de su ejército.

Pasóse, pues, la noche sin hostilidad, pero tambien sin pan, sin vianda, sin lumbre y sin abrigo, y el rey sin cenar y sin acostarse, y ateridos todos de frio, por la densa y helada niebla que hubo, y con que amanecieron blancos los sombreros y los vestuarios de todos, como si hubiera nevado. Aprovechó Staremberg la oscuridad de la noche para irse retirando sin ruido de trompetas ni timbales, cuya noticia llevó al rey primeramente don Rodrigo Macanaz, despues el marqués de Crevecoeur, y últimamente el conde de Mahoni, el cual pidió le diesen tres mil caballos para cortar los enemigos. Fuéronle negados por cierto resentimiento y enojo que con él tenia el conde de Aguilar, que á habérselos dado hubiera podido cor-

(1) A este tiempo se vió huir el regimiento de la Muerte, así llamado porque antes habia sido el terror de los portugueses, y como lo reparase uno de nuestros oficiales, dijo á sus soldados: *«Ea, soldados, ánimo! cuando la Muerte huye, nuestra es la victoria.»*

tar ó detener á los vencidos, y puesto á nuestro ejército en paraje tal vez de acabar con ellos. Ordenóse solamente á Vallejo y Bracamonte que los siguiesen por los costados y retaguardia: y en tanto que esto se disponia, iban llegando al campo del rey oficiales y soldados cargados de estandartes y banderas, otros conduciendo prisioneros de Estado, tal como el obispo auxiliar de Toledo, y otros con los cálices y vasos sagrados cogidos al enemigo, y con los equipajes y joyas del arzobispo de Valencia y de algunas señoras y magnates que le seguian. Aquella mañana despachó el rey dos expresos con la noticia de tan señalada victoria, uno á la reina, su esposa, otro al rey de Francia, su abuelo; hecho lo cual, fué á caballo á reconocer el campo de batalla, y luego pasó á la inmediata villa de Fuentes, donde recibió la nueva de haber hecho don José Vallejo tres mil prisioneros, y en cuya iglesia se cantó un solemne *Te-Deum*, en accion de gracias al Dios de los ejércitos por tan completo y memorable triunfo.

Tal fué el resultado de la célebre batalla de Villaviciosa (10 de diciembre, 1710), que aseguró la corona de Castilla en las sienes de Felipe V de Borbon, á los pocos días de haber estado en el mayor, y al parecer mas inminente peligro de perderla, y que decidió moralmente la lucha que hacia diez años traian empeñada España y Francia contra todas las potencias de Europa. Entre las dos jornadas de Brihuega y Villaviciosa se perdieron del ejército de Castilla sobre tres mil hombres, entre ellos oficiales generales de la mayor distincion: hiciéronse á los enemigos mas de doce mil prisioneros, y se les cogieron cincuenta banderas, catorce estandartes, veinte piezas de artillería, dos morteros, y casi todas las armas, tiendas y equipajes: murieron de una y otra parte personajes de cuenta y jefes de las primeras graduaciones (2).

(2) Relacion de los jefes muertos y heridos que tuvo el ejército castellano.

Muertos

El mariscal de campo, don Pedro Ronquillo.
El brigadier, conde de Rupelmonde.
Brigadier, don Rodrigo Correa.
Idem, don Juan José de Heredia.
Idem, don Juan Fernandez Pedroche.
Idem, monsieur de Velmó.
Idem, conde de Borbon.
Coronel, don José Sotelo.
Idem, marqués de Torremayor.
Idem, vizconde Kolmalok.
Idem, don Felix de Marimon.
Idem, don Juan de Vargas.
Idem, don José Yossa.
Idem, marqués de Santeldegarde.
Idem, conde de la Tuz.
Idem, don Gonzalo Quintana.
Idem, don Bartolomé de Urbina.
Idem, don Francisco Ramirez Arellano.
Idem, don Juan de Fontes.
Idem, marqués de Franluy.
Idem, Espreafigo.
Idem, don Francisco Navarro.
Idem, Lauteldolf.
Idem, Rulfort.
Idem, Blon.
Idem, don Cárlos Espelfico.
Teniente coronel, don José Martinez.
Idem, don Alonso Fariñas.
Idem, don Juan de la Sierra.
Idem, don Francisco Torralva.
Idem, baron de Albuquerque.
Comandante, baron Espau.
Idem, Araciel.
Otros treinta y seis comandantes.

Heridos

El capitán general, marqués de Toy, prisionero.
El teniente general, don José de Armendariz.
El mariscal de campo, don José de Amézaga.
Brigadier, marqués de Bemél.
Idem, marqués de Casa-Entrada.
Idem, duque de Platoncha.